



EL CARDENAL Y EL PROFESOR

Ante las pantallas de la televisión francesa se han enfrentado dos grandes figuras del mundo actual. Y precisamente dos hombres discutidos en sus propios ambientes. El cardenal Daniélou y el profesor Garaudy.

El cardenal Daniélou tiene tras sí un historial progresivo de amplios y abiertos estudios de los escritores cristianos de los primeros siglos, extrayendo de ellos las posturas intelectuales de esos hombres abiertos. Incluso algunos quisieron ver en la encíclica de Pío XII *Humani Generis*, condenando, hace veinte años, las novedades de entonces en teología, una alusión a estos estudios de los Santos Padres hechos por el padre Daniélou.

Y el que dude de ello no tiene más que leer el tomo sobre *Orígenes* —el primer gran teólogo de la historia cristiana—, donde Daniélou defiende la legitimidad de sus arriesgadas posturas para el bien del cristianismo y del pensamiento de los que creen.

Después —sobre todo durante el Concilio—, Daniélou cambió. Se volvió receloso ante las novedades, y se afincó tenazmente en las estructuras autoritarias, justo cuando la mayoría de los teólogos que las habían defendido cambiaban de postura ante la legítima presión post-conciliar de los que se sentían amparados, en su sentido progresivo, por un Concilio católico que afirmaba que «la Iglesia está siempre necesitada de renovación».

Y este sentido nuevo, pero anti-renovador, del padre jesuita dicen algunos maliciosos que le valió el cardenalato concedido por Pablo VI a quien tanto defendía, en un tiempo de crisis profunda de los católicos, el principio de autoridad, a pesar de que antes no vacilaba en oponerse, de hecho, al excesivo autoritarismo con alguno de sus hallazgos científicos.

Este es el que ahora resulta —después de su cambio de postura— uno de los teólogos más acogidos por los medios vaticanistas.

A Garaudy, en cambio, le ha pasado lo contrario. En sus hábiles o más bien habilísimas palabras afrontó con aguda franqueza su propia historia. Y relató su reciente, recentísima, exclusión del partido comunista francés por las mismas razones de inconformismo y de independencia que habían sido una de las características del primitivo Daniélou en la Iglesia.

«Soy un excluido —ha dicho—, y no puedo —por eso— representar al partido comunista francés». Sin embargo, los inconformismos de hoy en él son los conformismos de ayer. Porque no se ha recatado tampoco lo más mínimo en decir: «No oculto que he sido staliniano, y lo he sido de la cabeza a los pies... Escribí en el periódico *L'Humanité* un editorial sobre el pretendido complot de las blusas blancas (el proceso de médicos, falsamente acusados, en 1953, de atentar contra la vida de Stalin). Es ésta una página de mi vida que no puedo pasarla con facilidad, porque voté las exclusiones de Tillon, Casanova y Servin... Y aprobé incluso la condena de Rajk... y de London».

Pero un largo proceso, humano e intelectual, ha llevado a este profesor de Universidad a buscar un socialismo humanista, en diálogo con los creyentes incluso.

Ahí está su libro «Del anatema al diálogo», acercándose a una comprensión del catolicismo conciliar. O su «Marxismo para el siglo XX», dando todavía un paso más. Y, por fin, su obra «La gran encrucijada del socialismo», donde propugna un pluralismo de soluciones concretas, liberándose del modelo propuesto como ideal, encarnado sea en la U. R. S. S. o en cualquier otro país único, y manifestando así un anti-dogmatismo extremo.

Este largo proceso le valió una popularidad excepcional en Francia y fuera de sus fronteras. Hace dos años, por ejemplo, hizo un viaje triunfal por Norteamérica, hablando en diversas

Universidades profanas y católicas. Los actos públicos y las sesiones de radio o televisión menudeaban cada vez más durante su periplo, lo mismo que posteriormente le ocurrió en Francia.

Al fin, esta actitud de ruptura con su anterior postura —manifestada en su último libro «Toda la verdad»— y las diferentes declaraciones públicas —así como su oposición a la entrada de las tropas rusas en Checoslovaquia— le llevaron a un enfrentamiento, primero, dentro del Comité Central del partido comunista francés y, después, al vacío en el reciente congreso del partido comunista francés; hasta que, para terminar, ha sido expulsado, no sólo como dirigente, sino como militante del mismo.

Estos dos hombres, de historia tan diversa y aun antagónica, se han enfrentado cara a cara ante las pantallas de la televisión francesa. El uno —el católico—, una persona vehementemente y cortante, poco acostumbrada a los matices; el otro —el marxista—, un intelectual lleno de matices y comprensiones, sin perjuicio de sus convicciones socialistas, a pesar de ser éstas cada vez más flexibles.

¿Y cuál ha sido el resultado?, podemos preguntarnos.

Difícil este interrogante; pero, a primera vista, se dará cuenta el lector de quién iba a llevar la mejor parte. Un periódico ideológicamente tan moderado como *Le Monde* ha dicho: «El excluido —Garaudy— no ha hecho figura de vencido».

El propio cardenal se ha apresurado también a escribir en *Le Figaro* una justificación, más hábil que sus palabras en la televisión, donde dice textualmente: «Si Garaudy era ya un adversario temible, no lo era simplemente porque ponía el acento en el combate social, sino porque presenta el comunismo bajo su aspecto más susceptible de seducir a los cristianos». Y confiesa Daniélou: «Por eso he podido oponerme menos a él», llegando incluso a reconocer el cardenal que los análisis críticos hechos por él mismo «deberían haber sido más rigurosos».

Lo importante es que hubo en el cardenal una confesión que parecía calcada de un pensador tan radical como Marcuse, el tan traído y llevado profesor germano-americano. Cuando le abocó Garaudy a confesar los fallos de la sociedad industrial contemporánea y aquél le contestó: «Las cosas no marchan en el mundo, y se debe decir que es la civilización capitalo-comunista la que ha fracasado». Lo mismo que, por otras razones mucho más radicales, piensa Marcuse de la estructura de América y la U. R. S. S. Y quizá con matices no sonaría esto tan extraño al inconformismo actual de Garaudy.

Lo cierto es que ni uno ni otro plantearon con claridad sus posturas ideológicas —que es lo que quería Daniélou y no lo consiguió—, ni tampoco se pusieron en un terreno más amplio de evolución práctica, que es lo que había planteado la encíclica de Juan XXIII «Paz en la Tierra», y que ni el uno ni el otro —cosa extraña por demás— citaron para nada en su discusión.

Lo más curioso es que uno y otro oponente presentaron cada uno un film que plasmase en imágenes sus posturas sociales. Y el cardenal ofreció el ejemplo de una obrera convertida al catolicismo, que lucha contra una ley injusta mano a mano con los militantes ateos, y Garaudy presentó una entrevista con un sacerdote obrero, que hace una dura requisitoria contra la explotación del proletariado.

Sin duda, en ambos, su dialéctica verbal, demasiado cerrada en Daniélou y demasiado habilidosa en Garaudy, no estuvo a tenor de estos testimonios, que fueron más expresivos que todas las reales divergencias manifestadas de palabra.

Por eso pienso que esta entrevista ha sido un fracaso, porque han estado como actores ante la televisión, más que en un diálogo recogido e íntimo en el que se puede llegar al fondo de nuestras actitudes y convicciones.